

Humanos, Naturaleza, Dios

Renovar el paradigma central de nuestra cosmovisión 2.0

Humans, Nature, God.

Renewing the Central Paradigm of our Worldview 2.0

José María Vigil¹

Resumen

Toda cultura tiene sus paradigmas, que funcionan como los «presupuestos» cognoscitivos más básicos de una sociedad cognitiva. El paradigma más básico y profundo de una cultura es el conjunto de axiomas que esa sociedad se ha ido formando, acerca de tres realidades: nosotros mismos, la naturaleza que nos rodea, y lo que podríamos llamar dios o, más ecuménicamente, el Misterio, refiriéndonos a la dimensión «trascendente». La entidad otorgada a cada una de esas tres dimensiones de la realidad y la relación mutua que se les atribuye, forma el núcleo central paradigmático de esa cultura, que podemos llamar paradigma «antropo-teo-cósmico», queriendo indicar que establece la concepción básica y las relaciones mutuas de esas tres realidades que son las fundamentales para cualquiera de los humanos: el ser humano mismo (*ánthropos*), la naturaleza (*kosmos*), y dios o el Misterio (*theós*). Como su nombre resulta algo complicado, por comodidad y sencillez utilizaremos también, sin más, la palabra «cosmovisión».

Palabras Claves: Paradigma antropo-teo-cósmico, Humanos, Naturaleza, Dios, Axioma antropoteo-cósmico paleolítico

Abstract

Every culture has its paradigms, which function as the most basic cognitive «believes» of a cognitive society. The most basic and profound paradigm of a culture is the set of axioms of which that society has been forming itself, about three realities: ourselves, the nature that surrounds us, and what we might call God or, more ecumenically, the mystery, referring to the «transcendent» dimension. The entity granted to each of these three dimensions of reality and the mutual relationship attributed to them, forms the central paradigmatic nucleus of that culture, which we can call the «anthropo-theo-cosmic» paradigm, meaning to indicate that it establishes the basic conception and the mutual relations of those three realities which are fundamental for any of the humans: the human being himself (anthropos), nature (kosmos), and God or the mystery (theós). As its name is somewhat complicated, for convenience and simplicity we will also use, without further ado, the word «cosmivision».

Key words: Anthropo-theo-cosmic paradigm, Humans, Nature, God, Paleolithic anthropotheocosmic axiom.

¹ Doctor en Educación con especialidad en Mediación Pedagógica, Universidad de la Salle de San José de Costa Rica). Posdoctorado en Ciencias de la Religión, Pontificia Universidad Católica de Belo Horizonte (Brasil). Coordinador de la Comisión Teológica Latinoamericana de la EATWOT (Ecumenical Association of Third World Theologians), conocida en América Latina como ASETT, Asociación Ecuménica de Teólogos del Tercer Mundo); Fundador de la Agenda Latinoamericana y del portal de internet Servicios Koinonia; autor de varios libros y artículos en torno a la Teología de la Liberación, el pluralismo religioso y la Colección Tiempo Axial.

A qué llamaremos paradigma antropto-teo-cósmico

Toda cultura tiene sus paradigmas, que funcionan como los “presupuestos” cognoscitivos más básicos de una sociedad cognitiva. Corresponden a afirmaciones elementales fundamentales, que normalmente resultan indiscutibles, pues a los miembros de esa sociedad les parecen evidentes, por lo que las dan por aceptadas. Nunca nadie siente necesidad de someterlas a análisis o a debate, y quedan como instaladas y ocultas en lo profundo del subconsciente colectivo.

Un paradigma está constituido por un conjunto de axiomas, principios elementales tenidos como obvios, que son los supuestos fundamentales del conocimiento a través del cual las personas de esa comunidad cognitiva se comunican, pueden conversar, debatir, incluso discrepar, permaneciendo siempre dentro del planteamiento común en el que comulgan todos: los axiomas que sostienen su cultura, las bases del conocimiento compartido.

Pues bien, podemos decir que el paradigma más básico y profundo de una cultura es el conjunto de axiomas que esa sociedad se ha ido formando, para sí misma, acerca de las tres realidades más inmediatas y decisivas para nosotros los seres humanos, a saber: nosotros mismos en primer lugar, la naturaleza que nos rodea, y lo que podríamos llamar dios o, más ecuménicamente, el Misterio, refiriéndonos a esa dimensión “trascendente” que, de una forma u otra, el ser humano percibe, a diferencia de los animales.

Lógicamente, todo el edificio del pensamiento vivo humano (conocimiento, información, ciencia, religión, cosmovisión, utopías, espiritualidad...) de un pueblo o una sociedad cognitiva, se construye y se apoya sobre la comprensión básica que esa cultura se ha hecho para sí misma de la realidad, que se puede medir o expresar por medio de esas tres “coordenadas” de que estamos hablando. La entidad otorgada a cada una de esas tres dimensiones de la realidad, tenidas como evidencias axiomáticas, y la relación mutua que se les atribuye, forma el núcleo duro paradigmático de esa cultura, y será como el cerebro que condiciona y el corazón que late debajo de todo lo que en ella se piense, se viva, se crea, se elabore; su religión, su ética, su arte, su mitología, su pensamiento filosófico, hasta su vida de cada día...

Podemos llamar a ese núcleo central el paradigma “antropto-teo-cósmico”, queriendo indicar que establece la concepción básica y las relaciones mutuas de esas tres realidades que son las fundamentales para cualquiera de los humanos: el ser humano mismo (*ánthropos*), la naturaleza (*kosmos*), y dios o el Misterio (*theós*). Hay paradigmas a muchos otros niveles, y en otros sentidos, ya sabemos; pero aquí nos concentramos en este paradigma antropto-teo-cósmico, porque queremos poner de relieve que es el más decisivo. Como su nombre resulta algo complicado, por comodidad y sencillez utilizaremos también, sin más, la palabra “cosmovisión”, que viene a ser un concepto emparentado, de alguna manera, existencialmente equivalente. Ya sabemos pues que, en este texto, mientras el contexto no sugiera otra cosa, con la expresión paradigma antropto-teo-cósmico- nos estamos refiriendo al corazón mismo de la cosmovisión de esa sociedad.

Una prevención de léxico: el adjetivo que se hizo famoso hace unas décadas fue “cosmo-teándrico”. Muchas personas lo recordarán, sobre todo por la obra de Raimon Panikkar. Tenía esa misma intención de significado, pero incluía el inconveniente de designar a lo humano con la palabra *andros*, “varón” ... Aunque nos cueste ahora un poco acostumbrarnos, preferimos esforzarnos desde el principio a decirla bien, y no entrar en connivencia con un error lingüístico machista.

Muchas configuraciones posibles

Ese núcleo básico mínimo, aun siendo tan elemental, de tan pocos elementos, admite muchas variaciones y combinaciones, cuyas diferencias pueden resultar abismales. Por ejemplo: podemos establecer que Dios existe, o que no existe; que es un ser celestial o que es la naturaleza

misma; que estamos solos los humanos, o que estamos ante él, o que somos meramente naturaleza; que nosotros existimos, o que en realidad somos solo “formas” de un Absoluto, sin dualidad ninguna respecto a tal Absoluto...

La configuración concreta que adoptemos como nuestro paradigma, condicionará, determinará toda la arquitectura del edificio de nuestra religión y nuestra espiritualidad. Dime qué piensas respecto del núcleo de las coordenadas o dimensiones “humanos-naturaleza-dios”, y te diré cómo concibes el espacio de la realidad, su textura interior, su inter-relacionalidad, su inte-ligencia (*intus-légere*)... Dime cuál es tu paradigma antro-po-teo-cósmico, y te diré en qué tipo de cultura estás, a qué época de la historia de la humanidad se asemeja tu pensamiento, o a qué época se remontan tus raíces.

Lo que sigue es un estudio sencillo que quiere poner en valor algo de lo que hoy sabemos del origen y la evolución de este paradigma antro-po-teo-cósmico. Descubrir que tiene una prehistoria y una evolución relativamente bien conocida, nos abre un horizonte que amplía la conciencia de nuestros orígenes culturales y espirituales ancestrales, así como de la libertad y el derecho que nos asiste de tomar esta evolución espiritual humana en nuestras manos, liberándola de su cautividad bajo dogmas ontológicos absolutos intocables o dictámenes mitológicos o revelados de supuesto obligado acatamiento.

Necesitaremos remontarnos lo más atrás posible.

El axioma antropoteocósmico paleolítico

Durante el Paleolítico –del que tenemos documentados al menos 70.000 años– los humanos hemos exhibido un tipo de espiritualidad que ha girado en torno a una Divinidad Cósmica Materna, que daba vida desde dentro al universo, como un todo orgánico, sagrado y vivo, del que formamos parte los humanos, la tierra, las plantas, y todos los seres. Formamos, somos, una red cósmica, que nos vincula en todos los órdenes y a todos los niveles.

Ese Misterio divino, cósmico, materno, quedó testimoniado en decenas de miles de estatuillas femeninas correspondientes a este período y halladas por arqueólogos, que expresan una visión de la vida en la tierra cuya fuente transcendente y creativa se concibe como una especie de maternidad divina, de la que todos los seres vivos nacemos, y a la que todos confluimos retornando a ella con la muerte. Vida y muerte nos unen, nos acompañan y nos funden en un mismo movimiento biológico incesante de renovación y de creatividad.

Hoy día estamos lejos de pensar que solo las “religiones” formales sean significativas para nuestro autoconocimiento religioso. Estamos ampliando notoriamente el panorama: religión, espiritualidad, transcendencia, “relación” con el Misterio... los hubo mucho antes de “las religiones”. El “paradigma antro-po-teo-cósmico”, como no podía ser de otra manera, es miles de años anterior a las religiones; es tan antiguo como el ser humano mismo, como sus primeras formas primordiales de conciencia, de pensamiento, de sensibilidad, de razón sensible. Investigarlo nos lleva necesariamente a vivencias, comprensiones y cosmovisiones muy anteriores a las religiones formales, y nos amplía enormemente la visión de todo lo que hace relación a la espiritualidad, al pensamiento y a la religiosidad humana.

La historia y la arqueología nos testimonian hoy que durante las últimas decenas de miles de años hemos exhibido una in-spiritualidad “cósmica”, muy unida a la naturaleza, a los ciclos estacionales, a los animales “y a su sabiduría”, a las plantas, las montañas y sus alturas siempre misteriosas; a los cielos siempre inalcanzables, imprevisibles y cambiantes; a las estrellas del fondo último de la realidad, siempre mensajeras. Durante todo el paleolítico, la divinidad, lo divino... ha sido la Naturaleza misma, y nosotros hemos surgido y crecido espiritualmente en la placenta misma de esa perfecta unidad antro-po-teo-cósmica, un Todo divino y cósmico a la vez.

Pues bien, veamos: durante esas decenas de miles de años nuestro *paradigma antropto-teo-cósmico* ha estado integrado por dos únicos elementos: nosotros y la Naturaleza Divina Materna divina y cósmica a la vez. La Naturaleza misma ha sido nuestra interlocutora, a la vez cósmica y divina, un seno materno divino y siempre vivo, una atmósfera omniabarcante de “in-spiritualidad”, de inspiración vivificante, nuestro seno de vuelta a la Vida con el trance de la muerte.

Echando mano de las coordenadas, podríamos expresar gráficamente esta experiencia como una sola realidad unificada, sin compartimentos ni divisiones: como una esfera, o un huevo, un seno, o un caos bullente de vida y de muerte, donde todo sucede, que todo lo abarca y lo contiene dentro de sí. Ahí está todo, ahí estamos todos, sin confusión ni separación. Ahí está todo, todos... y el Todo. Las coordenadas no registran división ni separación, sino unidad y holismo. Una Naturaleza que es Divina y los humanos dentro de ella, en una totalidad holística.

Este axioma antropto-teo-cósmico paleolítico ha sido multimilenario, concentrándose finalmente en un breve epílogo neolítico-agrario, antes de llegar a ser destruido al final del tiempo calcolítico por un fenómeno cultural violento, la revolución causada por las famosas invasiones kurgans.

Un desarrollo especial, singular, de esta visión espiritual antropto-teo-cósmica, ha sido descubierto recientemente por la arqueología en las civilizaciones de la *Vieja Europa*, entre los años 6500 y 4500 antes de nuestra era, mucho antes de Grecia y Mesopotamia (e Israel, por supuesto). Se puede decir que hoy día los datos son ya bien conocidos, a pesar, obviamente, de ambigüedades que todavía esperan ser dirimidas en los debates actuales y por los futuros estudios y descubrimientos.

La separación del Cielo y de la Tierra al final del Calcolítico

Hacia mediados de la edad del Cobre, el calcolítico, y con el advenimiento luego de la edad del bronce, la infraestructura material de la vida cambia, y estos cambios se reflejan inevitablemente en la cosmovisión, en una modificación del paradigma antropto-teo-cósmico. La diosa madre –la que querían reflejar las estatuillas– comienza a perder relevancia y capacidad de inspiración, y pasa a ser colocada en último plano, mientras dioses masculinos ascienden a primer plano. Sumer y Egipto aportan la primera evidencia escrita del “mito de la separación entre el cielo y la tierra, una separación hasta entonces inexistente, una fragmentación que irrumpe con fuerza divisiva. El cielo pasa a ser ahora la morada divina, algo realmente nuevo. La tierra deja de ser divina, pasa a ser mera naturaleza”: material, informe, caótica, y por eso mismo profana, incluso peligrosa, radicalmente mala. Comienza a abandonarse la imagen de la naturaleza como madre divina, y pasa a ser pensada como “fabricada” por el “poder” de una “palabra” de un “Ser Divino” poderoso, que otorga el ser a todas las cosas “al nombrarlas”. Es una época revolucionaria de cambios “antropto-teo-cósmicos”, de transformación profunda de la cosmovisión más honda. Muy probablemente, esa novedad que aportan Sumer y Egipto debe coincidir con el paso de su estadio neolítico a su etapa de grandes civilizaciones agrícolas.

Así, la Naturaleza deja de ser considerada divina y holística, como hasta entonces lo había sido. Su divinidad –su calidad o carácter de divina–, ahora diríamos que le es extraída, y como separada de ella misma, y proyectada hacia fuera, más allá de ella misma. La Naturaleza es despojada de esa divinidad que siempre había tenido para los humanos; ahora es des-divinizada, profanizada, secularizada *avant la lettre*.

Concomitantemente, se transforma la concepción de la divinidad: lo divino pasa ahora a ser reconocido como algo exterior a la naturaleza, y como algo puramente espiritual, incorpóreo, inmaterial, supremamente inteligente y racional, y de plenos poderes, y con un rol plenamente masculino, que pone orden en el caos “femenino” impredecible de la naturaleza material. Son los mitos –recién aparecidos ahora– de la “creación”, que despojan a la naturaleza del carácter divino materno que hasta entonces tenía, y en los que ahora un “dios padre” –concepto o mito también nuevo y rompedor– es quien pasa a jugar el papel fundamental. De esta manera, la realidad en/ante la que se encuentra

el ser humano, la realidad total y cósmica que hasta ahora ha sido el interlocutor existencial del ser humano, y que también hasta ahora había sido una naturaleza integral e integradora, queda escindida en los dualismos paralelos: tierra/cielo, naturaleza/Dios, incluso cuerpo y alma.

Los “mitos de creación” –novedad de esta época– introducen una ruptura profunda en la unidad antro-po-teo-cósmica (cosmos, divinidad, humanidad): cielo y tierra son separados como “dos pisos” diferentes, radicalmente separados, habitados uno –el superior– por el Dios masculino, y otro –el inferior– por la naturaleza femenina caótica que debe ser controlada y dominada por la divinidad.

Por otra parte, los humanos, nosotros, como elemento que hasta ahora habíamos estado unidos simbióticamente con la naturaleza divina, pasamos a ser pensados como separados de la naturaleza, y se nos cambia de campo: ya no somos parte de la naturaleza; ahora los humanos pasamos a considerarnos “hijos del Dios” del cielo, “ciudadanos del cielo”, ciertamente caídos en la materia, pero solo por desgracia, y temporalmente, mientras llevamos a cabo el deber de liberarnos y de huir de ella.

Así, aquella unidad del antiguo paradigma antro-po-teo-cósmico paleolítico ha quedado ahora totalmente fragmentada: la naturaleza ha sido reducida a “cosas materiales” y recursos naturales; nosotros, hemos sido despojados de nosotros mismos, de lo que éramos, de nuestra naturaleza, natural-y-divina, todo ello en favor de un nuevo todopoderoso espíritu Señor/Kyrios patriarcal, que no mora aquí abajo, sino en su morada celeste, en un segundo (nuevo) piso, del que nosotros estamos fuera y hacia el que sin embargo debemos dirigirnos.

Se ha dado un cambio radical de paradigma antro-po-teo-cósmico, antes de las religiones formales, antes de las “revelaciones” y las Escrituras, antes de Grecia y de Israel. Desde que lo sabemos, ya no podemos poner nuestro punto de partida filosófico ni religioso en realidades culturales posteriores, como Grecia o Israel). Pero sigamos el curso de nuestra evolución.

Los invasores kurgans

Los analistas subrayan el gran influjo que ejerció en esta transformación la religiosidad de los pueblos invasores kurgans, arios y semitas, que adoraban a dioses masculinos guerreros montados a caballo, dioses que –novedad religiosa– les habían elegido para conquistar tierras nuevas y dominar a sus habitantes o pasarlos a cuchillo si se les resistían; con sus dioses, normalmente solares, del rayo y de la tormenta.

Estas violentas invasiones kurgans, realizadas en tres oleadas, a lo largo de más de mil años, provocaron que por todo el Próximo Oriente se diera un proceso de sustitución de las antiguas divinidades femeninas, por este nuevo tipo de dios masculino y guerrero. Y esto constituye un hito muy importante y decisivo en la historia de nuestra hominización, en nuestra evolución espiritual. Se ha completado un profundo cambio de paradigma antro-po-teo-cósmico. Veamos.

Al darse esta “metamorfosis” en el concepto de lo divino, de *Dios*, no solo cambió radicalmente el estatus ontológico de la naturaleza (que como decimos pasó de ser divinidad sobrenatural a pasar a ser materialidad natural, mera creatura, materia, conjunto de cosas), sino también el del *ser humano*, que de haber vivido en simbiótica unión con la naturaleza como divina fuente creativa de la vida, pasa ahora desprenderse de ella, a menospreciarla, a darle la espalda, a considerarla “material, inferior, y peligrosa”, y a considerarse a sí mismo más digno: “sobre-natural”, “ciudadano del cielo”, “peregrino” solo “de paso” por la tierra, viviendo solo para el Espíritu inmaterial, procurando pasar por la Tierra sin contaminarse, despreciándola y huyendo de ella.

Cambió también, concomitantemente, el estatus de la *mujer*. En la antigua Sumer, como en el antiguo Egipto y en Creta, las mujeres eran propietarias, sus intereses estaban protegidos por los tribunales, hermanas y hermanos heredaban en igualdad, y tenían funciones públicas en la sociedad,

especialmente las sacerdotisas. Con este cambio religioso se deterioró la posición de las mujeres, a la par que perdían su posición las deidades femeninas del panteón sumerio. Los invasores kurgans, arios y semitas veían a la mujer como posesión del varón, padres y maridos reclamaban la potestad sobre ellas, heredaban solo los hijos varones, mientras las hijas podían ser vendidas como esclavas por padres y hermanos... El nacimiento de un varón se veía como una bendición, mientras una hija podría ser abandonada a su suerte.

Sin duda, esta profunda transformación religiosa se dio como confluencia de múltiples causas: la revolución agraria, la revolución urbana, las invasiones indoeuropeas... que acabaron con el "paradigma antropto-teo-cósmico" de nuestra cosmovisión global vigente mutimilenariamente desde el paleolítico. La transformación se consolidó lenta, pero poderosamente, de forma que al final de la era de Bronce ya no quedaba rastro de la antigua cosmovisión integrada anterior. Desapareció la percepción de la Divinidad materna (equivocamente llamada de la "Diosa Madre", no podía ser "diosa" *avant la lettre*); la naturaleza quedó definitivamente degradada a la categoría de materialidad, de "cosas" de "fabricación" (creación) divina, y asociada negativamente al caos y a la inferiorizada feminidad; y un nuevo personaje, dios, quedó reinando solitario y sin competencia en el cielo empíreo, un Señor puramente espiritual, libre de contaminación, ni natural ni femenino, masculino él, supremamente inteligente y todopoderoso. No quedó nada de la antigua unidad holística del milenario paradigma antropto-teo-cósmico.

¿E Israel, y la Biblia?

El Israel histórico (no el mitológico, que se remontaría al Paraíso terrenal con la promesa del envío de un Mesías redentor) no tiene fechas de inicio, ni configuración clara desde sus inicios; en todo caso, históricamente no comienza antes de la Edad del Hierro I A.

Por su parte, la Biblia es puesta por escrito solo a partir del siglo VIII aec, de modo que surge ya muy dentro de la época de este nuevo paradigma antropto-teo-cósmico fragmentado y dualista ya plenamente asentado en las diferentes culturas de aquel tiempo; se observa muy claramente en el judeocristianismo, y es un condicionamiento muy profundo de su obra emblemática, su Libro. El judeocristianismo es por tanto testigo y heredero pasivo de todo aquel movimiento espiritual milenario anterior, hacia el final del calcolítico, al que la historia y la arqueología hoy nos han dado un acceso privilegiado, en los últimos cien años. La irrupción de la ciencia arqueológica en este pasado, poniendo al descubierto varios miles de años de nuestro desarrollo histórico-evolutivo-espiritual dentro de un paradigma antropto-teo-cósmico anterior milenario, en el que de hecho nacimos como humanidad, y que nos permitió vivir en una forma integrada con nosotros mismos y con el planeta y con su sacralidad, pone punto final al dogmatismo con que hasta ahora creíamos que "la *historia* comenzaba en Sumer", que el *pensamiento* comenzaba en Grecia (tras los dorios, una de las últimas invasiones kurgans precisamente), y que *lo genuinamente religioso* comenzaba solo con Israel. El judeocristianismo primero, y Occidente, hemos estado pensando siempre el origen del cosmos, de la humanidad y de lo religioso (lo antropto-teo-cósmico) tomando como base el Génesis y la Biblia entera; todo lo vivido anteriormente por la Humanidad no sería relevante, quedaría olvidado y despreciado en la noche de los tiempos, casi casi en la pre-hominización...

Nuevos horizontes

Viendo y sintiendo como propia toda esta historia-evolución de nuestra especie, cabe preguntarnos: ¿somos hijos solo de la Biblia, del judaísmo? ¿O del pensamiento griego? ¿Tenemos que considerar chauvinísticamente que la historia comenzó con Grecia, con Israel (o con Sumer)? ¿Existe algún gen o algún ADN espiritual que señale algún momento concreto de la historia como el

nacimiento de nuestra identidad espiritual? Quizá históricamente hemos necesitado pensar eso, para dotarnos de una identidad que, de otro modo, no sabíamos dónde fundamentar.

Pero hoy sabemos que en nuestro ADN espiritual está escrita toda la historia de nuestra evolución ancestral, como en el ADN biológico. Llevamos toda la historia evolutiva espiritual de la humanidad en nuestro *software*, aun sin saberlo. Somos fruto de toda la evolución, no de un momento histórico concreto; y somos... el momento actual históricamente acumulado de esa misma evolución global.

El *hardware* biológico hace su camino evolutivo, y no podemos intervenirlo a nuestra voluntad; en cambio, por nuestra autoconciencia y el nuevo conocimiento que tenemos de este nuestro pasado, nos otorga una nueva conciencia de nosotros mismos, más amplia, más profunda, más compleja y a la vez más clara. Esa nueva conciencia nos capacita para reapropiarnos críticamente de nuestra herencia espiritual-cultural, y para modificar, reorientar e incluso corregir y reescribir nuestro *software*, ahora con una conciencia y una lucidez que siempre nos fue inaccesible. Podemos recuperar los logros espirituales deteriorados, o perdidos en el camino. Tenemos derecho a corregir las limitaciones ancestrales en que fuimos concebidos, tenemos derecho a liberarnos de nuestros errores histórico-espirituales evolutivos, a liberarnos de los espejismos epistemológicos, de nuestras fantasías y auto-alienaciones inconscientes. Hoy día comenzamos a ser capaces de copilotar la evolución, la nuestra inclusive.

Hoy podemos reconocer con naturalidad bio-evolutiva que la Biblia nació ya dentro de un paradigma antropoteocósmico del que sus autores no fueron conscientes, por lo que no tuvieron claridad ni fuerza para replantearlo. El judeocristianismo es evolutivamente muy joven, nació dentro de un paradigma derivado y fragmentado, que no fue capaz de percibir ni de cambiar en consecuencia en los dos milenios siguientes. Ni hoy todavía lo ha cambiado. Sí podemos decir que son ya muchos quienes hoy experimentan, tanto un silencioso colapso de la religión en sociedades enteras, como la necesidad imperiosa de un nuevo paradigma que esté a la altura evolutiva actual, libre de ataduras consagradas, mitológicas, "reveladas", escritas en piedra, dogmáticas porque sí, intocables para toda la eternidad. Un nuevo paradigma que probablemente tendrá que saltar por encima de la mayor parte de las religiones actuales, que parece, no van a tener fuerzas para afrontar esta situación epocal con lucidez, creatividad y libertad suficientes. Teóricamente, tendrían que ser capaces las religiones; lamentablemente, lo que observamos cuanto más avanza el tiempo es que, de hecho, no están siendo capaces, y todo transcurre como si finalmente fueran a desaparecer.

Otra forma de pensar el fundamento de la religiosidad es posible

La ciencia hoy nos da una visión que nos descondiciona la Biblia y nos desbloquea el judeocristianismo dogmático rígido que nos hacía pensar que solo con ella empezaba la verdad, sin poder remontarnos más atrás ni adentrarnos en las maravillas religiosas que la historia y la arqueología hoy nos dan a conocer. Ahora, con los nuevos datos, con los nuevos relatos extrabíblicos, prebíblicos, o paleobíblicos incluso, podemos movernos ante nuestra religiosidad con una actitud muy distinta; veamos algunos ejemplos:

- Hoy sabemos que el *geocentrismo* no es un mensaje verdaderamente atribuible a la Biblia como tal, aunque se deduzca claramente de sus páginas, sino que más bien es simple consecuencia de la ignorancia precientífica propia de la época en que fue redactada, y por eso mismo nos sentimos plenamente autorizados a prescindir de él.

- Hoy sabemos que la *precedencia masculina* sobre la mujer en los relatos de la creación bíblica (el varón creado primero, la mujer tomada de la costilla del hombre, la mujer como inductora al pecado y la castigada a someterse al varón), no son ni pueden ser un mensaje "revelado", sino mero reflejo de los paradigmas culturales en cuyo marco fueron elaborados aquellos relatos, y del propio machismo cultural reinante en Israel y en concreto en los redactores de la Biblia (todos clérigos varones).

- Hoy sabemos que el *antropocentrismo*, la “creación” separada del ser humano como alguien diferente y superior a todos los demás animales y seres vivos de este planeta, no es algo que hoy tengamos que afirmar en contra de lo que dice la ciencia actual, sino que era la única forma que en aquel tiempo les cabía en la cabeza para hablar del ser humano.

- Hoy sabemos, con toda naturalidad, que “Dios” no “creó” a ninguna especie en particular, sino que todas son un desarrollo bio-evolutivo a partir de especies preexistentes: ¡adiós al Rey impuesto de la creación!

- Hemos estado hablando mucho de *un plan de Dios para la humanidad*, que nos habría sido revelado solo a un pueblo elegido de la humanidad de este planeta, y que sería precisamente el sentido de toda la realidad del mundo y de todos los mundos y galaxias del cosmos... Pero hoy sabemos que pensar que estamos solos en este Universo, o que somos los únicos seres con sentido, o los únicos que saben la verdad del Universo, o que conocemos la Verdad total por la vía de la religión... son solo efectos del atraso precientífico que la religión “agraria” arrastra de la época histórica en la que surgió.

En Occidente, todas estas verdades las veíamos claramente incluidas en la Biblia, y las teníamos como los pilares de nuestro pensamiento y de nuestra fe. Hoy nos sentimos libres de todas ellas.

Del mismo modo, asumiendo los descubrimientos científicos, históricos y arqueológicos que tenemos del tiempo paleolítico y calcolítico anterior a la biblia, hoy podemos aceptar:

*Que el carácter “meramente material y caótico” de la naturaleza,
que su carácter de “fabricación” o “creación” divina,
que el “despojo de la sacralidad divina” de la que antes gozó,
que la “separación del segundo piso celestial”,
que la consideración de la divinidad (el carácter sagrado de lo real) como una entidad objetivada,
situada ahí arriba, ahí fuera (up there, out there) ...
que el carácter “masculino” y “absolutamente transcendente” de theos,
que la “experiencia de Dios”, el “encuentro personal” con él, la theosis...
que la misoginia de los monoteísmos y religiones que adoran a un dios patriarcal,
que nuestro vivir expatriados, sintiéndonos lejos de nuestro hogar celeste...
que nuestro peregrinar religioso por la tierra pensando solo en el cielo...
que la fuga mundi (huida del mundo) y el contemptus mundi (desprecio del mundo) que durante
tanto tiempo han marcado nuestro paradigma central...*

...son también “condicionamientos cognitivos” que arrastramos de los avatares anteriores de la evolución de nuestro imaginario sociocultural; son restos de paradigmas antropo-teo-cósmicos anteriores, que nuestras sociedades –ni siquiera sus religiones– han sido capaces de discernir. Son anacronismos en un mundo y una sociedad posmoderna, del conocimiento y digital. Y, en consecuencia, podemos saltar por encima de ellos, con toda conciencia y libertad. El paradigma antropo-teo-cósmico es el más profundo de los paradigmas o cosmovisiones, es el proto-paradigma, diríamos, y no está simplemente al alcance de la voluntad de una capa o sector social el captarlo y el transformarlo; podemos interferir en su evolución, acelerarla, hacerla más consciente... sin que deje de ser el subconsciente colectivo –en su dimensión más profunda y amplia– quien tiene las principales riendas de esa evolución.

En aquellos tiempos arcaicos, no teníamos capacidad para tomar distancia y discernir cómo evolucionaba nuestra forma de pensar. Hoy, “subidos a los hombros” de hombres y mujeres científicos que han puesto al descubierto para nosotros las influencias ejercidas y sufridas de nuestra evolución religiosa, estamos en capacidad (una cierta capacidad al menos) de juzgar, de discernir lo que pasó, y de modificar hasta cierto punto nuestra conducta cognitiva y religiosa.

Hoy sabemos que se trata de una evolución, cuyas causas concretas no siempre son visibles ni controlables, pero cuyo conjunto sí es interpretable, y no siempre resulta indescifrable. De hecho, muchas evidencias nos parecen bien patentes. A pesar de que seguimos muy dispuestos y abiertos nuevos descubrimientos y saberes que puedan “sorprendernos” en el futuro, eso no nos priva de poder compartir humildemente ya intuiciones, verosimilitudes, conclusiones provisionales que la ciencia actual nos complementa.

Desde esta actitud humilde y a la vez estudiosa y bien fundamentada, creemos que hoy estamos en capacidad de revisar profundamente datos que dábamos por certezas indiscutibles, o que incluso juzgábamos como “dogmas” de fe, en este campo de la evolución bio-sicológica de la religiosidad. Estábamos convencidos de que antes del pensamiento griego y de la religión de Israel no han habido formas cognitivas y espirituales en nuestro relacionamiento con lo trascendente que pudieran ser consideradas más que como curiosidades arqueológicas sin significado. Todavía hoy, el 90% de los libros que estudiamos dan por supuesto que todo comenzó con los griegos y con Israel; y que anterior a ellos solo está el mundo de los prehomínidos o semianimales.

El mundo paleolítico y neo-neolítico, el mundo posterior calcolítico y todo el posterior comportamiento humano bio-evolutivo de relacionamiento con la naturaleza y con la transcendencia, durante milenios, hoy está ahí, al descubierto, a nuestra vista, aunque todavía con oscuridades y con muchos secretos que cualquier día vendrán a la luz. Las ciencias de la religión sí han entrado en esta nueva visión. La teología institucional no se ha dado por enterada. Los comentarios bíblicos, litúrgicos, espirituales, devocionales, etc. se mantienen herméticos a todo lo que sea “nueva arqueología científica”, dejando solo paso a lo puramente bíblico-mítico. Sin embargo, la ciencia avanza, sus investigaciones se difunden, el personal abierto se informa y saca sus conclusiones, aunque las instituciones religiosas sigan repitiendo sus credos intocados de hace quince y más siglos.

Son bastantes los científicos que reconocen en aquella evolución religiosa iniciada al final del calcolítico la presencia de modelos que resultan más humanizantes que algunos de los actuales. Necesitamos revertir algunas transformaciones que experimentamos más tarde, que nos separaron de la naturaleza, la despojaron de su sacralidad, nos ocultaron la “divinidad cósmica”, la han expatriado a otro mundo, al cielo empíreo, y nos hicieron a nosotros extranjeros en nuestra propia tierra, para convertirnos en peregrinos del cielo (si no del infierno).

En no pocos aspectos, el viejo paradigma antropto-teo-cósmico calcolítico es más acertado que el que después trajeron e impusieron los invasores kurgans (entre ellos los dorios), o los invasores semitas del desierto (entre ellos conquistadores de la tierra prometida... si es que tuvo lugar en verdad). Es hora de erradicar el gratuito y falso convencimiento de que nuestra referencia de origen, el punto cero, es Grecia e Israel.

Hubo un momento histórico en el que nos desviamos, y fue en el calcolítico. El paradigma antropto-teo-cósmico holístico e integrado se fue desintegrando y desapareciendo. Más tarde, ya en la edad del Hierro, el surgimiento de los griegos y de Israel, con todos sus indiscutibles progresos y aportaciones, consolidó el nuevo paradigma fragmentado, dualista, idealista. Los filósofos griegos fueron quienes dieron al dualismo la cumbre de su expresión teórica (platónica), y la mitología de los dioses olímpicos consolidó el concepto de *theos*, que se extendería por todo el mundo entonces conocido, dominando poderosamente sobre la religión y sobre la cultura romana posterior.

El paradigma antropto-teo-cósmico holístico anterior no solo fue olvidado, sino que resultó erradicado, con este nuevo paradigma impuesto, contrario en muchos aspectos. Quedaron tan de lleno metidos en la nueva configuración pos-calcolítica del paradigma antropto-teo-cósmico, que no eran capaces de ver sus deficiencias. Por otra parte, la situación inmediatamente anterior había desaparecido enteramente de su visión, no podían imaginar siquiera de dónde venían. La filosofía griega y el judeocristianismo no fueron capaces de reorientarnos, no supieron recomponer la integridad del anterior paradigma antropto-teo-cósmico; quedaron ahí fijados en el dualismo, en el teísmo, bajo la potencia deslumbrante del pensamiento griego; y un milenio y medio después seguimos ahí, desviados, desorientados.

Aun en el cristianismo actual, ni siquiera el Concilio Vaticano II ha sido capaz de detectar ni de denunciar con fuerza la helenización del judeocristianismo, en el marco más amplio del paradigma antro-po-teo-cósmico milenario aún vigente. Continuamos, atados por el espejismo de una inmutabilidad, no proclamada pero supuesta, del paradigma antro-po-teo-cósmico post-calcolítico, y paralizados por el efecto de su invisibilidad: ojos que no ven, corazón que no siente.

Más preguntas

¿Habrà que volver atrás? ¿Habrà que recuperar la perspectiva antro-po-teo-cósmica calcolítica...? No estoy diciendo esto... pero mucho menos diré que haya que continuar con el teísmo griego o el antropocentrismo judeocristiano, cuyos profundos efectos dañinos permanentes ya están demostrados.

Tal vez sea difícil recuperar el hogar espiritual y la perspectiva antro-po-teo-cósmica integrada de aquellos tiempos calcolíticos de los que en algún momento nos desviamos. Tal vez va a ser más probable dar un salto por encima, y entrar en un estadio espiritual pos-religional, libre de los condicionamientos cognitivos antro-po-teo-cósmicos; quiero decir, más allá de estas coordenadas: sin humanocentrismo, más allá del concepto clásico de naturaleza (que hace tiempo que la física cuántica ha invalidado), y ciertamente sin teísmo.

Se impone pues la necesidad de un análisis más profundo de este núcleo antro-po-teo-cósmico milenario, de las transformaciones que ha sufrido a lo largo de nuestra historia evolutiva, así como de la libertad en que su conocimiento nos sitúa frente a todo condicionamiento filosófico posterior (griego y bíblico especialmente, en nuestro caso). Es necesaria una nueva cosmovisión que nos libere de los desastres que nos ha causado a nosotros y al planeta la forma disfuncional actual en que todavía nos relacionamos con la naturaleza, por obra de ese paradigma antro-po-teo-cósmico fragmentado, todavía operante, inexplicablemente, en el cristianismo común (teología, dogma, catecismo, imaginario cristiano...).

No plantearse todos estos temas, y seguir educando, catequizando, predicando... como si no pasara nada, ¿se podrá hacer sin incurrir en una grave falta de honestidad?

Concluyendo

Las religiones agrarias nos han transmitido un paradigma antro-po-teo-cósmico realmente desintegrado y desintegrador, deshumanizante, despreciador de la naturaleza, destructor del mundo, que en pocas palabras se podría caracterizar así:

El concepto de **naturaleza** que nos ha transmitido: desacralizante para con ella (considerada profana, "material", "creada, fabricada") y dualizante (separación del cielo y de la tierra, de lo visible y lo invisible, de lo material y lo espiritual, de lo físico y de lo metafísico, lo humano y lo divino, el cuerpo y el alma);

La imagen de *nosotros mismos* que nos ha introyectado: un ser humano sobre-natural, no natural, principalmente espiritual, superior, imagen (diferente) de Dios, dueño, y con privilegio para el sexo masculino;

y el *teísmo*:

Que "personifica" del Misterio de la Realidad en forma de un *theos*, pensado "a nuestra imagen y semejanza";

Que lo saca de este mundo **transcendiéndolo** y exteriorizándolo ("que estás en el cielo");

Que expatría por tanto el Misterio fuera y más allá de la realidad cósmico-natural-universal (la única que conocemos);

Que constituye en morada propia de *theos* el otro mundo, el cielo, el mundo no natural ni cósmico, el mundo espiritual (no material), el “segundo piso” que sobrevuela sobre el mundo natural y humano, un mundo en definitiva cultural e imaginativo;

Que acapara en sí mismo la totalidad de la sacralidad de la Realidad, ocupando su centro (teo-centrándolo todo) degradando la existencia de todo el resto de la realidad a la categoría de mero pensamiento de Dios, reflejo de su gloria, efecto benévolo y frágil de su providencia, que en cualquier momento puede dejar caer en la nada a la realidad con solo dejar de pensar en ella...

Concretamente en el cristianismo, a partir de su profunda inculturación en la cultura griega y en el helenismo, su teología y su dogmática quedan claramente dentro de los límites del marco de la visión cosmoteándrica que se fraguó en la “vieja Europa” y el Oriente Próximo a partir del IV milenio aec. Aquel marco de pensamiento ha estado vigente hasta hoy, y todavía lo está en la mayor parte de las capas culturales populares de Occidente. En conjunto, podríamos aventurar que la mayor parte de la teología y de la institución eclesiástica lee estas ideas, casi seguramente, por primera vez.

Urge pues repensarlo todo, quiero decir, urge repensar todas nuestras posiciones filosóficas y teológicas habituales, de la tradición, porque en realidad reflejan el protoparadigma básico que lleva milenios establecido, como un “supuesto acrítico” oculto, como una evidencia que es una simple creencia heredada, inconsciente normalmente. Por una parte, a la teología, por su dependencia de la religión, le parece inviable plantearse siquiera la posibilidad de un cambio: le parece un suicidio, y una aberración, con razón, porque ella, ciertamente, fue elaborada sobre la base de ese protoparadigma post-calcolítico, y renunciar a este, conllevaría auto-renunciar a su propia arquitectura conceptual y cosmovisional.

Por otra parte, la filosofía tradicional institucional (digamos académica), y la filosofía-parateológica colaboradora de la religión (*ancilla theologiae*), está en la misma situación de dependencia del mismo protoparadigma, y en la misma situación de ceguera sobre su posibilidad de transformación: también le parece evidente ese protoparadigma, y también consideraría un suicidio intelectual cuestionarlo. Pero tanto la filosofía como la teología, libres y fieles a su vocación genuina, pueden, y deben, plantearse el desafío que estamos abordando, repensándolo todo “fuera de la caja” (*thinking outside the box*), en cuya evidencia paradigmática (o “axiomática”) llevamos varios milenios encerrados.

Siempre nos ha parecido legítimo expresar la verdad religiosa profunda de una religión en términos filosófico-teológico-doctrinales rigurosos, y con frecuencia hemos definido el núcleo duro de la verdad o verdades propias de una religión. Pero hoy, después de Darwin, en una sociedad post-metafísica, en movimiento permanente, desde una epistemología crítica y en constante diálogo con las ciencias, sobre todo con la historia, la antropología y la arqueología de la religión, resulta evidente que esta apelación “última” a la filosofía y a la teología tradicionales se desvanece por sí misma, por cuanto los actuales conocimientos científicos hacen manifiesta su dependencia respecto del paradigma antropto-teo-cósmico dentro del cual todas esas filosofías han quedado encerradas. La filosofía y la teología “perennes” también nos han mantenido “dentro de esa misma caja”, como bajo una especie de techo de cristal invisible, que hace que todas nuestras argumentaciones sean mera repetición, “peticiones de principio”, de unos axiomas del pasado, irremediablemente obsoletos, “nuevas propuestas sobre los mismos presupuestos”. Repito: solo una filosofía profunda (que hará suyas también las preguntas de la teología), que tenga el coraje de ser “libre y fiel a su vocación genuina”, nos podrá sacar de la caja y abrirnos a otras posibilidades proto-paradigmáticas: un desafío realmente “axial”, de una axialidad más honda que la que Jaspers captó en la transformación del alma humana occidental que se dio en el milenio anterior a nuestra era.

Epistemológica, cognoscitiva y espiritualmente, hoy nos estamos descubriendo, pues, dependientes de un casi desconocido “tiempo axial primordial”, y quien no sea capaz de sacar la cabeza fuera de esa caja y darse cuenta de su propio encerramiento, no podrá siquiera percibir su propio

derecho a salir de la caja: se sentirá feliz dentro de ella, y se indignará contra quienes alzan la bandera de la emancipación.

Estamos en un nuevo tiempo axial –no importa el nombre con que lo llamemos–. El paradigma antropo-teo-cósmico que se formó al final del calcolítico hace aguas y se está agrietando de un modo acelerado, sobre todo a partir de la Modernidad. Una parte importante de la población mundial está abandonando la configuración cosmoteándrica post-neolítica de la época de las civilizaciones, las religiones y del teísmo; está rompiendo el techo de cristal de la caja en que hemos estado encerrados. Se trata de una toma de conciencia, una liberación, una emancipación, una metamorfosis. Es una crisis de crecimiento, verdaderamente histórica, crucial, axial.

Referencias

- Baring, Anne., y Cashford, Jules. (2005). *El mito de la diosa*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Bellah, Robert. (2011). *Religion in Human Evolution. From the paleolithic to the axial age*. Cambridge, MA. Belknap Press of Harvard University Press
- Bloch, Raymond. (1963). *Los prodigios en la Antigüedad*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Day, John, *Yahweh and the Gods and Goddesses of Canaan.*, Scheffield Academic Press 2000 y 2002, continuumbooks.com
- Dever, William. (2005). *Did God Have a Wife? Archaeology and Folk Religion in Ancient Israel*. Cambridge USA: Eerdmans Publishing.
- Elíade, Mircea. *Historia de las creencias religiosas*. Vol. 4. Barcelona: Paidós
- García Trabazo, José Virgilio. (2002). *Textos religiosos hititas. Mitos, plegarias, rituales*. Madrid: Trotta.
- Gimbutas, Marija. (1979). *Three waves of the Kurgan people into Old Europe, 4500-2500 BC*. Genève: Archives suisses d'anthropologie générale.
- Gray, John. (1957). *The Legacy of Canaan. The Ras Shamra Texts and their relevance to the Old Testament*. Leiden, Netherlands: Brill.
- Hodder, Ian. (2010). *Religion in the Emergence of Civilization. ÇatalHöyük as case study*. NY: Stanford University, Cambridge University Press.
- Jaeger, Werner. (2003). *La teología de los primeros filósofos griegos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Katona, A. L., Athens University, *Proto-Greeks and the Kurgan Theory*, The Journal of Indo-European Studies, Volume 28(1 y 2), 65-100, Spring/Summer 2000
- Komoróczy, G. (1973). *The Separation of Sky and Earth*. Budapest: Acta Antiqua. (21-40).
- O'Murchu, Diarmuid. (1997). *Reclaiming Spirituality. A new spiritual framework for today's world*. NY: Crossroad.
- O'Murchu, Diarmuid. (2000). *Religion in Exile. A Spiritual Homecoming*. NY: Crossroad.
- Udías Vallina, Agustín. (2019). La Gran Historia y el Antropoceno: dos nuevos enfoques del pasado y del presente. Razón y Fe, t.279/nº1437 p.71-80. servicioskoinonia.org/relat/454.htm